



RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD



**Vigilad,
porque no
sabéis
ni el día,
ni la hora**

Todas las muertes nos conciernen. Toda vida es nuestra propia vida. Lo más difícil es apartar los ojos de las imágenes que nos muestran con qué sencillez finalizamos, con qué humillante desolación nos llega la muerte, sin aviso previo, sin indicios, por casualidad, sin haberla merecido.

Con qué facilidad dejamos de ser para convertirnos en seres inertes. La muerte es un acto de soledad completa. Morimos de uno en uno, aunque muramos en una catástrofe que arrastra hacia la oscuridad a una muchedumbre. Se muere a solas.

Pero hemos de saber también que la conciencia infinita del hombre debe superar ese trance individual, que su trascendencia, que su trascendencia no se encuentra solo en lo que haya después de la muerte, sino que hace inmenso, plural, multiplicado el hecho mismo de morir.

Cientos de personas se acercaron a dar su calor, su dolor, su consuelo, a quienes agonizaban. La muerte llegó acompañada de palabras que no eran ya de desconocidos, de las caricias de los que ya no eran extraños, de la cercanía de los que ya no eran indiferentes.

A uno y otro lado de la muerte estaba el hombre, nunca a solas. Si quien auxiliaba a una víctima fue capaz de sentir el abismo de aquel final injusto, quien agonizaba confortado por aquella persona a la que nunca había visto pudo pulsar el significado profundo de la existencia humana: nuestra conciencia de hombres, ensanchada en un momento solemne y definitivo.

Fernando García de Cortázar

***La solidaridad brota de la buena conciencia de los hombres.
No puede haber gestos de bondad sin experimentar la misericordia y la compasión.***

